

Juntos por el Cambio. Pensar la identidad después (y antes) de Milei

IGNACIO DIEGO ADANERO, Universidad Nacional de Rosario, Argentina

nachoadanero@hotmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0009-0007-2768-4632>

DOI: 10.33255/26181800/2074

Resumen

Después de la derrota de Patricia Bullrich en las elecciones presidenciales de 2023 y la emergencia de una derecha libertaria encabezada por Javier Milei, la mayoría de lxs analistas e investigadorxs coinciden en diagnosticar una crisis de Juntos por el Cambio. Estos enfoques, sin embargo, olvidan que la crisis cambiemita se remonta a la compleja argamasa de la cual se compuso su identidad.

El presente trabajo, bajo la modalidad de ensayo en análisis político, se orienta a la comprensión de una situación política concreta, asumiendo el carácter contingente de todo orden social. En especial, de una identidad cuya viabilidad para encarnar representaciones hegemónicas dependerá del tipo de articulaciones discursivas que logre tras el cismo de octubre 2023.

PALABRAS CLAVE: crisis, identidad, hegemonía

Together for Change. Thinking about identity after (and before) Milei

Abstract

After the defeat of Patricia Bullrich in the presidential elections of October 2023 and the emergence of a libertarian right led by Javier Milei, most analysts and

researchers agree in diagnosing a crisis of Together for Change. These approaches, however, forget that the crisis goes back to the complex mortar of which its identity is composed.

This work, under the essay modality in political analysis, is oriented towards the understanding of specific political situations, assuming the character contingent of any social order. Especially, of an identity whose viability to embody hegemonic representations will depend on the type of discursive articulations achieves after the October 2023 cism.

KEYWORDS: crisis, identity, hegemony

Presentación

Durante el período que va desde el 13 de agosto de 2023 (día de las elecciones primarias argentinas que dieron como ganador al espacio de ultraderecha encabezado por Javier Milei) hasta el balotaje del 19 de noviembre (elección que culminó con la asunción a la presidencia por parte de aquel), asistimos a una suerte de consenso que consistió en afirmar que la fuerza política de centroderecha Juntos por el Cambio (JxC) estaba frente a una crisis de índole terminal como producto de haber quedado tercero y por ende excluido de participar del balotaje. La línea que operaba como apoyatura de tal consenso sostenía que la emergencia del espacio La Libertad Avanza (LLA) pateaba el tablero de la política argentina, absorbiendo los ejes de aglutinamiento social y político de la derecha cambiemita.¹ Leímos diagnósticos que otrora funcionaron como clave explicativa de la experiencia Bolsonaro en Brasil o Trump en Estados Unidos, reiterando que la extravagancia Milei y las narrativas que traía un espacio ultra radicalizado eran experiencias que no sólo terminaban en fracaso, sino que tensionaban el potencial de las centroderechas *mainstream* (Elman, 2023; Semán y Welschinger, 2023; Gené, 2023).

Como es de suponer, la sorpresiva victoria de una derecha extremista como LLA frente al peronismo encarnado en Unión por la Patria (UxP) obligó a trasladar las

¹ Cambiemita es un término que comenzó a circular promediando el último bienio del gobierno de Cambiemos, y cuya circulación persiste residualmente entre círculos académicos. Su uso nació con algunos estudios de comunicación política (Montero, 2018) que indagaban los elementos de interpelación del discurso político del gobierno de Mauricio Macri, a los efectos de analizar el imaginario simbólico que conectaba la propuesta gubernamental con las demandas de vastos sectores sociales que se movilizaban en apoyo de aquel.

miradas a los movimientos actorales que afrontó el armado del gobierno de Javier Milei. Este escenario era concomitante a una serie de jugadas y disputas internas que afectaron de sobremanera las posibilidades políticas de la fuerza otrora llamada Cambiemos: 1) la decisión del ex presidente Mauricio Macri de apoyar explícitamente la candidatura presidencial de aquel, cerrando un periplo de comportamientos ambiguos para con su propio espacio; 2) la espiral de una interna entre un ala de JxC llamada «halcones» por sus posiciones más duras e intransigentes, frente a otra conocida como ala de «palomas» por su moderación y su propensión a la expansión de la alianza. La decisión de Patricia Bullrich (candidata halcona) de acompañar al ultra radicalizado Milei de cara al balotaje, no lograría traccionar masivamente el apoyo de sus adversarios internos. En tal contexto, entre el universo de intelectuales, académicxs y analistas se asumió con relativo consenso que JxC era una especie de vehículo ingresando a un desarmadero del cual no saldría en condiciones de retomar alguna vía de representación efectiva: la conformación final del gabinete libertario, donde secretarías y carteras económicas serían ocupadas por agentes ligados al partido Propuesta Republicana (PRO) fundado por Mauricio Macri o las críticas de Elisa Carrió (socia histórica de Cambiemos) al desplazamiento de aquel con su consecuente distanciamiento del partido, evidenciaron amputaciones del cuerpo político. El socio mayoritario de la alianza, la Unión Cívica Radical (UCR), tampoco sobrellevó el cismo de forma cómoda: mientras que algunos sectores optaron por el silencio, otros llamaron a votar en blanco u explicitaron su oposición a Milei eligiendo abiertamente al candidato peronista Sergio Massa.

Ahora bien, si por un lado es efectivamente cierto que JxC padeció la fractura interna y el eclipse de algunos de sus miembros más importantes, también lo es que la alianza no retrocedió a niveles provinciales ni en su potencial legislativo, obligando a replantear la noción de crisis en usanza: durante el calendario electoral de 2023 JxC consumó una serie de victorias locales que lo empoderaron en 10 gobernaciones y cristalizó un saldo de 93 diputadxs y 24 senadorxs para la conformación actual del Congreso. También es cierto que JxC conservó una morada de 23% de apoyo electoral a nivel nacional entre agosto y octubre de 2023. Sucede que la temporalidad misma de la crisis podría revisarse si contemplamos que entre la elección general de octubre de 2019 y la misma de 2023, JxC perdió aproximadamente 4500000 votos (Pagni, 2023). La victoria de Milei como fruto del apoyo de segmentos sociales diversos y como efecto de una traslación transversal de votos desde las otras dos coaliciones, permite señalar que el crecimiento de LLA tenía cierta previsibilidad dado el porcentaje de votantes cambiemitas que predecían un salto a Milei (Pascual, 2023; Vommaro, 2023). Esto último no sólo colaboró en consagrar a un *outsider* presidente

con el 56% de votos sino que tensionó los límites ya difusos de JxC, actualizando que la formación y perdurabilidad de identidades políticas refiere a procesos siempre abiertos y en disputa, que exceden a las elecciones coyunturales.²

Derrotado electoralmente JxC, el ascenso al poder de una fuerza ultra liberal invita a preguntarse por los efectos o repercusiones simbólicas sobre aquellos que otrora fueran interpelados por la promesa cambiemita de refundación social. La asunción de Milei conllevó una nueva narrativa fundacional de la Argentina que desdibujó cierta dosis de anti peronismo que había caracterizado la narrativa cambiemita de antaño: en lugar de simbologías apelativas a una argentina blanca, transparente y republicana que erradique de cuajo «la Argentina de los últimos 70 años», las monedas de cambio mileistas remiten a un futuro radicalmente opuesto a los valores de igualdad, libertad y fraternidad característicos del Estado democrático moderno. La *tabula rasa* a la que refiere el discurso libertario promete barrer con un sistema concebido como un todo inicuo que entre sus culpables señala tanto a una élite política (la injuriada «casta») como a un kirchnerismo pestilente (unidad cada vez más difusa). En su lenguaje, se retrotrae constantemente a una imagen idealizada de mediados del siglo XIX donde prima un escenario de pre nacionalidad cercano al liberalismo alberdiano.

La división en tres tercios del electorado, entonces, no sólo afectó las posibilidades hegemónicas del peronismo, sino también la promesa de una derecha moderada que pretendía constituir un proyecto de largo alcance imbuido de modulaciones republicanas, desarrollistas y económicamente modernizantes con dosis de moralismo. Cobra relevancia analizar qué será del futuro del universo identitario no peronista toda vez que la emergencia libertaria tensionó los límites históricos del universo cambiemita sin acarrear en paralelo un certificado de defunción. La pregunta central de investigación podría inspirarse en parafrasear un título de Mariana Gené y Gabriel Vommaro (2023): ¿hasta qué punto está intacto el sueño de la centroderecha argentina? Toda vez que Macri y Bullrich giraron a la ultraderecha con nulas u escasas diferencias hacia Milei, también cabría preguntarse si efectivamente continúa existiendo una centroderecha como tal o si otros dirigentes como Losteau, Manes o Larreta podrán reencauzar la esperanza de una vía liberal y moderna de aquella.

² Entendemos por identidades políticas aquellos alineamientos que ordenan el campo político de una sociedad y que no se derivan de condiciones naturales u objetivas, sino que son el resultado de prácticas de construcción discursiva en sentido amplio. Todo proceso de identificación política se trata de la constitución de un «nosotros» donde priman solidaridades compartidas, frente a un «ellos» entendido como exterior constitutivo de aquel. El sentido político se juega en el potencial que adquiere una identidad para encarnar una representación universal o hegemónica de la comunidad toda (Laclau, 1996; Aboy Carlés, 2001; Errejón, 2012).

Desarrollo

Si la coyuntura se define como un *intermezzo* espacio-temporal donde se visualizan líneas de acción incoadas que pueden desentrañarse escindiéndose de los marcos de interpretación a que nos encorsetan las consignas militantes o las grandes teorías de lo social (Gainza: 2015), es factible afirmar que la irrupción inimaginada de la pandemia del Covid-19 en marzo de 2020 consumó la aceleración de un presente arrastrado tiempo atrás. El silencio, la aceptación de la derrota y el carácter colaborativo a que obligaron los primeros 100 días del gobierno de Alberto Fernández habían sido la marca de la retirada de JxC, pero una vez desatada la pandemia global y la aplicación del aislamiento social, preventivo y obligatorio (ASPO) por parte de los gobiernos del mundo, el escenario cambiaría rotundamente en direcciones imprevistas según cada país.

Las paradojas del momento inaugurado por la pandemia no radicaban tanto en el carácter repentinamente ofensivo que tomaría la nueva conducción de JxC en manos formales de Bullrich como en el tipo de acervo simbólico a que llevarían los reflejos opositores. La extensión de una cuarentena intermitente implementada por el gobierno de Fernández llevó a un sector de JxC, y a grupos incipientes de aquello que sería LLA, a encabezar una serie de marchas opositoras en defensa de la «libertad» frente a un gobierno «opresor» que consumaba, según aquellas perspectivas, una suerte de industricidio (C5N, 2020, 3m20s). Un repaso a las marchas anti cuarentena entre los meses de julio de 2020 y marzo de 2021 recaba en que la mayoría de las consignas no muestran diferencias sustanciales con el giro argumental que Cambiemos sostenía desde mediados de 2018: una modulación que tuvo su ápice en la elección presidencial de 2019 con la fórmula Macri-Pichetto y cuyo corazón radicaba en denostar al «peronismo k» como expresión anti republicana, populista y culturalmente engañosa. De las tres dimensiones que componen una identidad política,³ la pandemia cristalizaba tanto la incólume continuidad de la dimensión antagonista que define a la alteridad, como la creciente invisibilización de elementos apelativos a la representación simbólica que delimita un nosotros.

³ Una identidad política se define, fundamentalmente, por tres dimensiones: una dimensión de alteridad que consiste en la existencia de un *otro* radicalmente heterogéneo que niega la plenitud del nosotros (operando como condición de posibilidad e imposibilidad); una dimensión de interioridad o representación que consta de la existencia de aquellos principios, símbolos u elementos pasibles de apelar al anudamiento de la cadena equivalencial del nosotros. Una tercera dimensión, relacionada con la anterior, es la denominada dimensión de la tradición política, que refiere al *corpus* de ideas, mitos y acervos que hacen al entroncamiento de una identidad política con el pasado (Aboy Carlés, 2001, p. 64).

Una posible vía para pensar la ausencia de aquellos elementos con que otrora Cambiemos había logrado cierta repercusión simbólica pasible de expandir fronteras identitarias (entre ellos, su auto concepción como portavoz de la nueva política o la potencial capacidad para «cerrar la grieta y unir a los argentinos»), podría hallarse en aquel condicionante que Mariana Gené (2023) señala como atributo ambivalente en : hasta que Mauricio Macri finalizó su mandato como presidente, su liderazgo dentro de la coalición constituyó una fuente de cohesión interna que ayudó a contener tensiones u heterogeneidades programáticas, pero una vez abandonada la Casa Rosada la alianza comenzó un proceso de diversificación que en primera instancia fue acicateado para finalmente ser contenido por la centralidad del ex líder de PRO. Si bien los resultados electorales de la elección legislativa de octubre de 2021 ayudaron a contener parte de aquella diáspora en JxC, deben destacarse dos líneas incoadas de narrativas políticas que, entrecruzadas, afectaron a la compleja argamasa de la cual se componía Cambiemos: por un lado, la emergencia del entonces Jefe de Gobierno porteño Horacio Rodríguez Larreta como proyecto presidencial alternativo que desafió los lineamientos ideológicos duros de Mauricio Macri; por el otro, la cristalización de un clima polarizante de post pandemia que agravado por la crisis económica permitía retomar las consignas antagonistas del relato de 2019, con la adicional curiosidad de que tal discurso tenía un portavoz ubicado más allá de la centroderecha.

En el crecimiento de Larreta había algo más que una disputa política interna o la emergencia de un liderazgo alternativo. Como miembro cofundador de PRO, Larreta promovía aquellas cartas que habían facilitado una plataforma de acercamiento con UCR y Coalición Cívica (CC), encauzando al PRO como partido «de gestión» e interpellando las fibras de un electorado «de centro» que aprobaría una política eficiente y «moderada» de administración de lo público. En paralelo, un clima polarizante de post pandemia habilitó la circulación de consignas que dieron continuidad al discurso antagonista de JxC en 2019 haciendo ostensible un malestar social contra la clase política en general y ya no sólo contra «el populismo» o el peronismo. Señala Elman (2023) que este proceso estuvo acompañado por el avance de una subcultura online antiprogresista o una suerte de guerra cultural en internet que venía de más atrás, donde a floraban narrativas que en forma de *memes*, tweets o videos de Tik Tok estelarizaban a personajes y activistas de ultraderecha. La crisis de representatividad devino en que el intento del tándem Macri-Bullrich de reencauzar al PRO en su chapa de partido conservador incontaminado por la transparencia cívica y las aguas demo liberales del radicalismo, terminaría cosechando mejores frutos en un

portavoz extrapartidario que con sigilo y sin anclaje territorial comenzaba a perforar todos los polos del aglutinamiento electoral: Javier Milei.

En aquella ebullición, la UCR y la CC pasaron a ocupar el rol de damnificados ante un cimbronazo que traccionaba una doble tensión: la tensión interna que dividió al PRO en dos facciones más la tensión externa causada por el avance de una derecha libertaria. Hasta 2023, el partido centenario sobrellevó los desacuerdos mediante una división entre una facción que decidió acompañar la candidatura de Patricia Bullrich, versus otra que eligió acompañar la fórmula presidencial encabezada por Larreta. Esa subdivisión se sostuvo sin mayores sobresaltos hasta el momento en que ambas fórmulas quedaron excluidas de participar en el ballottage y el tándem Macri-Bullrich decidió apoyar al actual presidente Javier Milei. Fue allí que la conducción del radicalismo se vio forzada a tomar una decisión ante la emergencia de un candidato presidencial que tensionaba al máximo la cuota de poder como el rol estratégico que cabría a la UCR en el nuevo reparto: Milei constituía *ad limine* un problema sustancial para un sector del partido identificado con la memoria del regreso a la democracia o la consagración de los derechos civiles y políticos, pero también para aquellos que habían sido beneficiarios del reparto de poder durante la última década (tómese por caso al ex gobernador de Jujuy y candidato a vice de Larreta, Gerardo Morales). La verbosidad autoritaria, los modos inapropiados y la cercanía con «la familia militar» de Victoria Villarruel (la candidata a vice de LLA) terminarían por exteriorizar un cruce de acusaciones entre la conducción de la UCR y Mauricio Macri, colocando a la dirigencia de la UCR en la necesidad de posicionarse «neutralmente» o de forma tajante frente a una fórmula que abjuraba de su aporte y la señalaba como parte del fracaso.

El caso de la CC-ARI fue distinto, probablemente a causa del tipo de estructura del cual se componía en sus orígenes: con un fuerte liderazgo unipersonal de Elisa Carrió y sin gobierno a cuestas, la ex legisladora asumió un rol prudencial una vez que JxC se retiró del poder en 2019 (matiz que respetó hasta el fin del mandato de Alberto Fernández). Vivaz sobreviviente del «que se vayan todos» en 2001, aportó una dosis de «transparencia ética» a una fuerza de centro derecha ligada al *establishment* económico asumiendo desde dentro de la coalición, un rol distante de sus ex socios Mauricio Macri y Patricia Bullrich una vez que estos se acercaron a Milei. Tomaría la decisión de retirarse del espacio en noviembre de 2023, no sin antes acusar a su ex líder de promover una alianza extrapartidaria que fracturaría al PRO en aras de regresar al gobierno para reprimir y aplicar un ajuste brutal (Télam, 2023). Estando fuera, JxC perdió una de las columnas que hacían a su precaria estructura

identitaria, sobre todo aquella sostenida en la necesidad de contener dirigentes «de vocación republicana» y no-peronistas estimados por la opinión pública.

La CC-ARI era una herramienta política nacida en el universo argentino de las terceras fuerzas. Desde 2001 a 2015 fue virando progresivamente hacia nociones más moralistas y menos igualitaristas de la política, pasando desde un discurso anti establishment a una narrativa preocupada por los casos de corrupción y la falta de transparencia ética del kirchnerismo (haciendo foco en un supuesto doble discurso o *gatopardismo k*, que bajo la expansión de políticas nacionales y populares enmascaraba una «entrega de la república»). El hito decisivo del viraje hacia el centro derecha comenzaría en 2008, cuando se desató una disputa entre el gobierno peronista de Cristina Fernández y las centrales agropecuarias que decidieron un *lock out* contra la resolución 125 que elevaba las alícuotas de exportación de productos primarios. El diagnóstico histórico de la CC-ARI era que la Argentina atravesaba una «crisis moral» que impedía el «verdadero despliegue» del país, siendo ahora el *kirchnerperonismo* el principal culpable de aquel atraso moral. Para el momento en que Elisa Carrió decidió pactar una alianza con Mauricio Macri, enero de 2015, era indistinto si el vehículo de tal hazaña o cruzada republicana debía provenir por izquierda o por derecha (Echenique, 2019).

Por razones distintas, la UCR también atravesó un largo itinerario que lo hizo virar en sus posicionamientos estratégicos. Su crisis se originó en el propio gobierno de la Alianza (1999-2001), donde sobrevino, a partir de marzo de 2001 (López Murphy, Cavallo), un ciclo de fragmentación interna entre cúpulas dirigenciales, cuadros militantes y bases electorales. El estallido social y el fin anticipado de aquel gobierno, en diciembre de ese año, acentuaron el proceso de desilusión y drenaje militante entre las filas del partido: sin perder territorialidad en comunas, gobiernos locales o provincias, durante una década el radicalismo formaría alianzas políticas variopintas a nivel nacional con candidatos y liderazgos que alcanzaron eco mediático, pero a la hora de traccionar fuerza electoral o músculo político, fueron desdibujándose (por caso, Julio Cobos). Durante aquellos tiempos la UCR no sólo sería incapaz de reconstruir un frente progresista exitoso, sino que la fragmentación alcanzaría niveles que pusieron al radicalismo en riesgo de supervivencia. Parte de sus exiguos cuadros militantes afines a las ideas de la Internacional y el alfonsinismo, apoyaron gran parte de la agenda de centro-izquierda efectivizada en las políticas del kirchnerismo. Muchos otros, que habían resistido al menemismo de los 90, vieron el fantasma invertido y continuaron en actitud opositora. Será 2008, nuevamente, el mojón que correrá la agenda del partido, cediendo consistencia ideológica en post de una visión más electoralista de consignas republicanas frente al «avasallamiento k» sobre

actores económicos y poderes del Estado. El periplo 2008-2015 fue una progresiva renuncia ucerreista a las tradiciones anti-conservadoras, populares y reformistas que habían marcado sus orígenes, optando su dirigencia por preservar la representatividad electoral del universo no peronista a costa de un alto vaciamiento ideológico y de la continuidad del aparato partidario como furgón de cola del tren neoliberal conservador que conduciría PRO.

El PRO, tercer bastión de la alianza, también arribó a Cambiemos desdibujando su identidad: heredero del corpus del liberalismo económico vernáculo y de sectores conservadores, se propuso salir de los encorsetamientos doctrinarios que habían marcado a partidos anteriores de orientación similar (siendo el más claro ejemplo la Unión de Centro Democrático UCEDE). Desde una primera etapa más apegada a los símbolos de los partidos conservadores, fue cediendo espacio a una agenda donde incorporó segmentos juveniles (los famosos CEOS, voluntarios, miembros de *think tanks* y ONGS que se sumaron para oponerse a la «chavización» del kirchnerismo). Sin desprenderse de sus concepciones desreguladoras, aperturistas y anti laboralistas sobre la economía, fue adquiriendo una narrativa *soft* a partir del momento en que se hizo con el gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Mediante una agenda post material propia de las nuevas derechas, el PRO fue apareciendo como una fuerza que combinaba el programa tradicional del neoliberalismo junto a un conjunto de narrativas donde el progreso individual y la ecología aparecían con tintes espirituales que lo distanciaban de los viejos discursos del ajuste (en ese proceso ocuparon un rol sustancial las nociones de meritocracia o referencias a la felicidad y «la revolución de la alegría»). Conservando la dimensión antagonista anclada en el anti kirchnerismo, el PRO se corrió hacia el centro, instalando tres promesas efectivas en caso de llegar a la presidencia en 2015: «pobreza cero», «fin del narcotráfico» y «unir a los argentinos». Los tres ejes hicieron posible un anudamiento redituable, un tímido e incipiente principio de equivalencia identitaria que excediera la común oposición al kirchnerismo.

Ese fue el trasfondo que unió a fuerzas tan dispares como PRO, UCR y CC-ARI luego de la Convención Nacional del radicalismo en la ciudad de Gualeguaychú en marzo de 2015, y que explica parte de las tensiones que marcarían la experiencia del gobierno de Cambiemos (2015-2019), nacido con auras prometedoras. Los intentos de construir un nosotros cambiemita fueron mermando a partir de la adopción de una política económica fallida (Gené y Vommaro: 2023, 220) que no sólo agravó el ciclo de falta de inversión en la economía, sino que empeoró todos los indicadores sociales de distribución del ingreso, triplicando el índice inflacionario y dando paso al endeudamiento más alto de la historia argentina. Aquel anudamiento resultó ser

una cuerda tensa que, frente a las primeras adversidades económicas y políticas, hizo palpable la necesidad de sostener ciertos consensos y lealtades mínimas en pos de conservar el poder frente a tiempos de déficits de resultados (por tomar un ejemplo, recuérdese el debate entre gradualistas vs partidarios del shock económico promediando la gestión). Toda la fraseología con que se buscó conjurar las adversidades económicas que alejaban a la población de las promesas de progreso, sólo constituían un continuo reafirmamiento de la dimensión antagonista en su identidad: la fuerza del cambio a que apelaba la modulación cambiemita y toda la verbosidad sobre el sacrificio, la espera o el castigo a que debían someterse los pueblos para aguardar los frutos del éxito, no hacía más que reafirmar el anti kirchnerismo, las posiciones clasistas y aquellos prejuicios en torno a las varias formas de asistencia social e intervencionismo estatal. El peronismo, o más bien la imagen que Cambiemos construía de aquel, llegó a figurarse como ese fantasma que hacía escabroso el camino del cambio cultural.

Los efectos de una política económica fallida fueron contenidos hasta cierto punto por la decisión adelantada de Macri de presentarse a su reelección en medio de una crisis cambiaria e inflacionaria creciente. Si bien esto permitió morigerar los intentos alternativos de renovar la alianza desde dentro, no pudo evitar la aparición de discursos alternativos o críticas externas: los años del declive de Cambiemos en el gobierno son concomitantes a la emergencia de las primeras voces libertarias. El bienio 2018/19 muestra cómo se despertaron las críticas iniciales al «gradualismo» cambiemita que, según estas perspectivas, «dilapidaron» la oportunidad de un cambio estructural que diera inicio a la «Argentina liberal»: si esta no nacía, se debía a «los buenos modales» del macrismo que, en post de obtener la gobernabilidad, renunciaba a las reformas económicas de «shock» y cedía ante las presiones sociales externas e internas de algunos de sus núcleos (Aranda, 2017).

La derrota de Macri a la reelección de 2019 y la victoria de Juntos por el Cambio en la elección legislativa de 2021 ya como oposición frente a un peronismo magro, apresuraron a inferir una consistencia compacta de un núcleo de 40 % de apoyo social en las urnas (lo que Gené y Vommaro denominan etapa de consolidación electoral). Sin embargo, una observación más detenida a la luz del retroceso electoral palpable de 2023, evidencia que JxC padeció un estancamiento argumental y una volatilidad mayor entre sus votantes para el período 2019-2023, quedando reducido a un piso electoral menor. En ese período el espacio político se estancó en narrativas de oposición al kirchnerismo poco eficientes como vehículos de cambio global o promesas de futuro, siendo insoslayable que su paso por el gobierno tampoco fue exitoso. Si la elección de 2019 mostró una total pérdida de aquellos elementos

simbólicos u slogans pasibles de aspirar a pretensiones hegemónicas («pobreza cero», «cambiar lo que está mal y conservar lo que está bien»), para concentrarse mayoritariamente en consignas antagonistas del tipo «república» vs «autoritarismo populista» o cambio sacrificial vs regreso al pasado; la elección de 2021 acentuó la narrativa defensiva frente a una supuesta invasión kirchnerista de la vida cotidiana, en medio de un manejo deshonesto de la pandemia (sobre todo, por el despilfarro de un supuesto «vacunatorio vip» que reactualizaba el espejo de la «corrupción e impunidad K»). «Terminar con el kirchnerismo» fue el slogan más repetido de la campaña cambiemita legislativa de 2021, gastando una moneda que apelaba a un hartazgo social que había dado sus frutos una década atrás, pero en otras circunstancias.

Este es el marco que permite entender la emergencia del partido LLA en 2021 y el escabroso puente que culminará con la debilidad electoral cambiemita de 2023. Una ruta que nace con la variada argamasa de elementos de la cual se compuso aquel *match* entre PRO, UCR y CC; el paso frustrante por el gobierno de Macri, la caída de la *performance* electoral de su líder y su readecuación como espacio opositor en dos oportunidades: primero, como oposición al gobierno peronista de Alberto Fernández (abriendo el juego a las divisiones internas) y segundo, como oposición al gobierno del libertario Javier Milei (mostrando zigzagueos e incipientes fisuras entre sostener una «vocación de diálogo» o «defender las instituciones» frente a un presidente *outsider* que se apropió la encarnación del cambio). La marca que recorre el itinerario es la flexibilidad programática del espacio allende su oposición al regreso de cualquier expresión política de tintes peronistas y la imposibilidad de enfrentar con éxito la opción de ultraderecha de Milei. En este recorrido, el desanudamiento de ciertas indefiniciones y tensiones que nacieron tiempo atrás encontraron espacio de despliegue producto de la aceleración que trajo la pandemia y la crisis económica agravada que fracturó a las distintas tribus que componían al gobierno del Frente de Todos. El período 2020/21 habilitará la fragmentación entre dos visiones heterogéneas sobre la naturaleza identitaria de JxC así como la expansión descarnada y sin tapujos de una narrativa extremista (y popularmente silenciosa) como la de Javier Milei, debilitando los consensos que la anterior alianza centroderechista de PRO más aliados no pudo, no quiso o no se animó a trascender; siendo acusada por Milei de «socialista» o connivente con una larga etapa de decadencia nacional donde los únicos privilegiados eran los políticos de la «casta»... a la que parte de JxC «pertenece».

Conclusiones

Constituye un problema saber si JxC podrá sostener con éxito el comportamiento ambiguo que ha caracterizado su identidad durante los primeros meses de gobierno de Milei, o si por el contrario se trata de una matriz consolidada en la reconfiguración del mapa político. Por un lado, tenemos a dirigentes de la UCR (Manes, Lousteau) junto a sectores de PRO que responden a Rodríguez Larreta, asumiendo un posicionamiento crítico y distante respecto del gobierno de Javier Milei. Por el otro, tenemos a sectores de PRO respondiendo al liderazgo de Mauricio Macri, decidiendo apoyar abiertamente el rumbo económico de la administración libertaria y mostrando ser un factor de poder pasible de disputar o condicionar el liderazgo mileista sobre el proceso en marcha. Vale preguntarse también por el rasgo que asumirá la UCR de ahora en más, sobre todo luego de que el partido centenario definiera sus liderazgos en una interna que afrontó los perfiles del binomio Mario Negri-Ernesto Sanz vs Martín Lousteau-Gustavo Valdez (resultando ganadores estos últimos): esos perfiles no refieren sólo a cuestiones de forma, sino que disputarán contenidos específicos sobre el espíritu del radicalismo y por ende condicionarán la identidad de JxC. Sin la CC y ante la incertidumbre de la experiencia mileista, la representación cambiemita puede llegar al extremo de tener que dirimirse entre ser un espacio de co-gobierno que apoya las reformas estructurales del proyecto libertario, o la siempre efectiva figura de reserva moral y republicana que ejerce la *accountability* sobre un ejecutivo avasallante.

En otro nivel, cuesta saber qué será de aquello que convergió transitoriamente la noche del 19 de noviembre de 2023 y hasta qué punto la cosecha electoral mileista trasuntará en una base de sustentación política que legitime el ajuste económico y el conjunto de reformas (sobre todo laboral, previsional e impositiva), que producirán contradicciones sociales. Los electores presidenciales de Milei, en especial aquellos que aún sostienen la vela encendida, duermen en una misma cama pero sueñan con cosas diferentes. Exceptuando cierto tipo de votante extremista o duro, aquellos núcleos sociales otrora cambiemitas constituyen hoy el centro de la disputa, siendo de réditos confusos su propensión a la esperanza en el «derrame» de las medidas de ajuste del gobierno. En tal sentido, el sueño cambiemita se muestra intacto dado que la razón antagonista sació el objetivo de vencer al peronismo (en continuidad con la lógica de sacrificar bienestar en post de eliminar el fantasma que obstruye la «normalidad»). Sin embargo, se visualiza como obturado en tanto *modus* republicano de asegurar un capitalismo de movilidad social ascendente sin formatos autoritarios ni resabios «populistas» (entendido este en la acepción peyorativa y anti plebeya de

Los últimos años): pese a que la promesa libertaria de refundación social va abandonando su potencial plebeyo de revanchas «sub-alternas» contra la «casta», parte del *establishment* político y mediático observa con recelo los espasmos autoritarios y los gestos de independencia que ostenta Milei. Por si fuese poco, el presidente continúa siendo extraño al proyecto oligárquico liberal si entendemos a este como un programa económico basado en la exportación de productos primarios consensuado por élites políticas que pautan no interrumpir el proceso de acumulación: bajo el escudo narrativo que ofrece una recesión económica sin precedentes, el gobierno de LLA procrastina las demandas de los propietarios de la pampa húmeda y adhiere a teorías anarco capitalistas mientras despliega anuncios económicos inconexos que dificultan dilucidar un plan de estabilización.

La crisis cambiemita, en todo este contexto, no sólo es muy anterior al cismo de 2023, sino que en sus aristas ofrece elementos de continuidad entre las derivas agonistas del Cambiemos de 2019 y las salientes libertarias de 2023. Habiendo resultado truncos el proyecto de refundación moral cambiemita (2015-2019) y el interludio de reparación peronista (2019-2023), ese cíclico formato de la política argentina de inaugurar el gobierno apelando a una retórica fundacionalista pasó a manos de LLA, espacio que optó por un ajuste económico ortodoxo de mucha asfixia y reabrió la pregunta por los límites, capacidades y umbrales de aceptación que tendrán las políticas de shock en esta oportunidad. Crisis relativa, entonces, para aquel nosotros cambiemita que comenzó vitoreando en 2015 la consigna «¡si, se puede!», y que ahora está presente e implícito en un programa económico cuyo líder ancla en otros sujetos y que poco tiene que ver con el universo (latente y a la espera) de una centroderecha que perdió las banderas del cambio, de la nueva política y del fin de la grieta. Una centroderecha que, podríamos afirmar... aún se busca a sí misma.

Referencias bibliográficas

- ABOY CARLÉS, G. (2001). *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*. Homo Sapiens.
- ARANDA, J. (2 de julio de 2017). *El macrismo luce como kirchnerismo de buenos modales en lo económico*. José Luis Espert. <https://espert.com.ar/2017/07/02/el-macrismo-luce-como-kirchnerismo-de-buenos-modales-en-lo-economico/>

- C5N (20 de junio de 2020). *La marcha anticuarentena en el obelisco*. [Archivo de Video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=uGqMzONy7PI>
- ECHENIQUE, M. (2019). *De la concordancia a Cambiemos: el sueño de las terceras fuerzas: PDP-UCRA, Frepaso y ARI*. Homo Sapiens.
- ELMAN, J. (18 de agosto de 2023). Antiprogresismo y crisis de las élites: el ascenso de Javier Milei en clave global. *Revista Cenital*. <https://cenital.com/antiprogresismo-y-tesis-de-las-elites-el-ascenso-de-javier-milei-en-clave-global/>
- ERREJÓN GALVÁN, I. (2012). ¿Qué es el análisis político? Una propuesta desde la teoría del discurso y la hegemonía. *Revista Estudiantil Latinoamericana de Ciencias Sociales*. <https://repositorio.flacsoandes.edu.ec/bitstream/10469/7560/1/RFLACSO-Re1-04-Errejon.pdf>
- GAINZA, M. (2015). Althusser y la coyuntura, *Revista Demarcaciones*, (11) 1-6. <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/74435>
- GENÉ, M. (noviembre de 2023). ¿Se dobla? ¿Se rompe? *Le Monde Diplomatique*, 6-7.
- GENÉ, M. y Vommaro, G. (2023). *El sueño intacto de la centroderecha y sus dilemas después de haber gobernado y fracasado*. Siglo XXI editores.
- LACLAU, E. (1996). *Emancipación y diferencia*. Ed. Ariel.
- LA NACIÓN (6 de noviembre de 2023). *La nueva configuración política de la argentina. Juan Carlos Torre en Odisea Argentina* [Archivo de Video]. YouTube. https://www.youtube.com/watch?v=aG_Qg1P3hiY
- MONTERO, A., S. (2018). Las identidades políticas en tiempos de negatividad democrática. *Revista Riberas*. <https://riberas.uner.edu.ar/las-identidades-politicas-en-tiempos-de-negatividad-democratica/>
- PAGNI, C. (21 de noviembre de 2023). Javier Milei y un nuevo mapa de poder. *La Nación*. <https://www.lanacion.com.ar/politica/javier-milei-y-un-nuevo-mapa-de-poder-nid21112023/>
- PASCUAL, R. (2023). Argentina, al fondo a la derecha. EL escenario nacional post PASO 2023. *Bajo el Volcán. Revista del Posgrado de Sociología* (año 5, núm. 9), 529-564.
- SEMÁN, P. y Welschinger, N. (18 de agosto de 2023). 11 Tesis sobre Milei. *Revista Anfibia*. <https://www.revistaanfibia.com/11-tesis-sobre-milei/>
- TÉLAM (8 de junio de 2023). *Para Carrió, Macri busca una alianza con Milei para reprimir y aplicar un ajuste brutal*. Télam digital. <https://www.telam.com.ar/notas/202306/630651-carrio-macri-milei-jxc-interna-elecciones.html>
- VOMMARO, G. (2023). Elecciones Argentina 2023: la política amenazada por la crisis económica. *Revista más poder local*, (54), 135-139. <https://doi.org/10.56151/maspoderlocal.208>
- VOMMARO, G. (27 de noviembre de 2023). *Argentina: ¿por qué ganó Milei? Gráficos clave*. EL Grand Continent. <https://legrandcontinent.eu/es/2023/11/27/argentina-por-que-gano-milei-graficos-clave/>